

RESISTIENDO AL TEMPORAL

PREMIO DE CUENTOS ATENEO DE LA LAGUNA-CAJACANARIAS

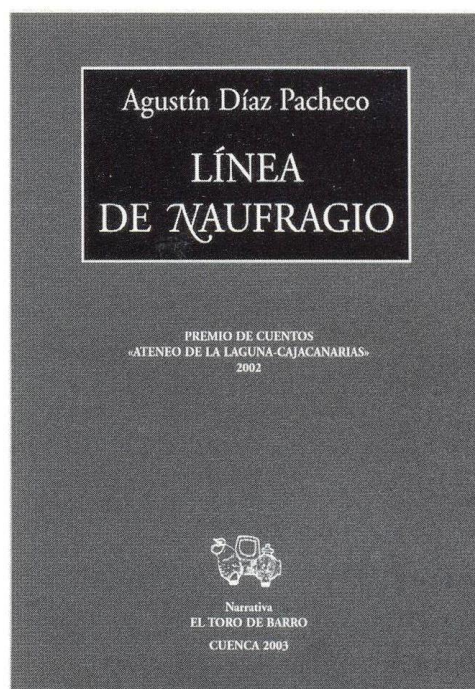


CUENTO

EDUARDO DELGADO MONTELONGO



Catorce historias en apariencia bien distintas, pues variadas son las temáticas que aborda. Poco tendría que ver, a priori, la lección impartida por un profesor de Ciencias Políticas con Cassius Clay y el champán. Ahora bien, tampoco resulta difícil entrever un hilo conductor. Compartiendo con el imprescindible Luis Alemany su concepción unitaria –unidad en un sentido amplio– de los libros de cuentos, Díaz Pacheco nos propone en esta ocasión un viaje a través de la historia, la soledad y la resistencia, palabra ésta última fundamental en sus trabajos. El libro *Línea de Naufragio*, de Díaz Pacheco se me antoja como el verdadero elemento unitario de la obra, una línea que separa conceptos en ocasiones tan difusos como la mezquindad disfrazada de rito cordial y la sencillez, según él mismo expone. Y yo me atrevo a expandir más a cada lado de su línea: por un lado la dignidad, por otro la prepotencia, por un lado la serenidad, por otro la desgana... Una delgada línea por la cual danzan sin miedo sus cuentos como un equilibrista en la cuerda floja.



Ciertamente, Díaz Pacheco no es una cara novedosa en el panorama literario, ha demostrado ya en su vasta labor una destreza –en forma de metáfora, de latente impacto y, por qué no, de incorruptible mensaje– que le avala como firme puntal del cuento en Canarias. Y en el género de la novela, *El camarote de la memoria* es hoy una obra de referencia para todo aquel que aspire a imaginar una “voluntad canaria”. Su limpia trayectoria y difícil existencia han ido forjando el estilo que nos muestra, un estilo

que se intuye depurado por las corrientes de la adversidad. Sin duda triste, pero cierto.

Bedieza, el primer cuento de la obra, se apoya en la siempre fértil imagen de la isla como pretexto a la hora de exponer desde un principio los límites de la sensatez, que más tarde, como ya he dicho, marcan la pauta del conjunto. *Bedieza* y *Furia Nocturna*, su muy argumentada visión metafórica del boxeo que inevitablemente acaba noqueando al lector, como recomendaba el maestro argentino, son los relatos que sustentan el resto. *Waveland*, *el país de las olas*, *El museo de los espejos*, *Temporalidad* y *La balada del carcelero*, un acertado recuerdo a Oscar Wilde que cierra el libro, representan, a mi modo de ver, una prolongación se diría que necesaria, historias insólitas que ayudan a tensar la cuerda y definir su altura: muy alta. Luego están *La luz y la sangre*, *Sueños avizores* —extraordinario cuento de corte surrealista— y *La neoinquisición*, un merecido homenaje muy fácil de intuir. Éstos representan el grito más desgarrador, ejemplos del naufragio del que nos avisa.

Sin embargo, llegado cierto punto de la obra, aparece el hallazgo que personalmente más agradecí: ese humor negro, esa fina y delicada ironía que termina por completar el vacío y la desesperanza en la que navegamos. En

más de una ocasión me dio por sonreír ante el abismo de la tragedia, justo en *Línea de Naufragio*. Da la impresión de que Díaz Pacheco, experto equilibrista, se concede en esos cuentos un breve descanso en su denuncia y nos ofrece un modo llevadero y digno de surcar la cuerda floja, lo cual se agradece. Son *Destoicos*, una descarnada disección de la intelectualidad, *Sobrevivir*, la penosa y desgraciadamente habitual historia de un mendigo y lisiado vocacional, *Embriagadora masacre*, desconcertante revisión de una batalla de la I Guerra Mundial cubierta de cebada y espuma (atención al nombre de los militares, Walker, Haig, Regal, Holsten,...), y *Burbujas tropicales* es, en este aspecto, el más agradecido. La mirada de Díaz Pacheco nos devuelve un hito de la historia reciente, el encuentro de Livingstone y Stanley en África y su celebrada conversación inicial, en clave ética —loable recurrencia—, tan bien manejada en el uso del diálogo incorporado.

El conjunto es, como ya he comentado, consecuente con esa *Línea de Naufragio* que lleva por título. Una obra imperfecta pero que hoy me atrevo a recomendar. Porque siempre es importante y hasta diría que necesario saber actuar ante la tormenta: maldecir o reír, y a veces, más bien casi siempre, a la vez. Todo con tal de evitar la definitiva zozobra.